4030

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL ENEMIGO EN CASA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

14

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Error parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chi
Lo mejor de los dad
Los dos sargentos e
Los dos inseparable
La pesadilla de un
La hija del rey Ren
Los extremos.
Los dedos huespede
Los éxtasis.
La posdata de una ca
La mosquita muert
La hidrofobia.
La cuenta del zapate
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres
Los amantes de Ter
La verdad en el esp
La banda de la Cond
La esposa de Sancho
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Dil
La gloria del arte.
La Gitana de Madri
La Madre de San Fe
Las flores de Don Ju
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortnori
La bolsa y el bolsillo
La libertad de Flore
La Archidnquesita.
La escuela de los am
La escuela de los pe
La escala del poder.
Las cuatro estacione
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la
La ninfa Iris.
La dicha en el bien a
La mujer del pueblo
Las bodas de Camac
La cruz del misterio
Los pobres de Madr
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castill
La calle de la Monte
Los pecados de los p
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicient
La peor cuña.
La choza del almadr
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de vien
La agenda de Correl
La cruz de oro.
La caja del regimien
Las sisas de mi muj

Lineven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL ENEMIGO EN CASA.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elenemigoencasac21516garc

EL ENEMIGO EN CASA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenada con gran aplauso en el teatro del Circo, en la noche del 27 de Febrero de 1864, á beneficio de la primera actriz doña Josefa Hijosa.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA	Doña Josefa Hijosa.
ELENA	Doña Adelaida Serra.
CARLOS	D. Joaquin Arjona.
FELIX	D. Manuel Ossorio.
HERRERA	D. Juan Benetti.
LEON	D. Miguel Martinez.

La accion pasa en Almansa, año de 1707.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala de pueblo modestamente amueblada. Puerta en el fondo, á la izquierda en primer término, y en el segundo. Á la derecha otras dos; la del segundo término mas pequeña.

ESCENA PRMERA.

LUISA, contemplando un ramo de lilas que habrá en el velador.

¡Qué lástima! pobres lilas,
ayer las cogió Leon,
y estaban frescas y hermosas
dando aromático olor.
Bien pronto se han marchitado;
qué magnífica ocasion
para que mi prima Elena,
que es de tan tétrico humor,
exclamase al verlas mustias
con melancólica voz:
¡asi son las ilusiones,
fuego ayer y nieve hoy!

ESCENA II.

LUISA y LEON.

LEON. (Entrando corriendo por el foro.)

612875

¡Señora!

LUISA. ¿Qué hay?

LEON. ¡Señora!

LUISA. Aun está en su habitacion.

LEON. No encuentro á nadie en la casa.

LUISA. ¿Á nadie? ¿pues qué soy yo?

LEON. Dispensadme, señorita.

LUISA. Por dispensado.

LEON. Es que estoy
tan confuso y tan turbado,
tengo un frio y un calor...

LUISA. Comprendo, ya te entró el miedo,
eres lo mas cobardon...
¿Estan cerca los austriacos?

LEON. Muy cerca, á una legua ó dos.

LUISA. ¿Y son muchos?

LEON. Una nube,
segun ha dicho un pastor
que los ha visto de lejos.

LUISA. Pues entonces, si los vió...

LEON. Y ha venido al punto á Almansa
á dar la nueva.

LUISA. ¡Qué horror!

LEON. Y ya el general Bervick
vá á dejar la poblacion.

LUISA. ¿Y si la nube es de polvo?
el chasco iba á ser feroz.
¿Y si los tales austriacos
fueran ganado mayor?

LEON. ¿Os reis? yo no me rio,
y antes que se ponga el sol,
hay que ocultar la vajilla
y las joyas de valor,
y esconderse en la bodega.

LUISA. ¿Cómo esconderse?

LEON. Si no
nos pasarán á cuchillo.

LUISA. ¡Esconderse un español!
Leon, si eres un borrego
¿por qué te llamas Leon?
Aqui todos peleamos
por nuestro rey y señor,

por Felipe el animoso
de la casa de Borbon.
Ya ves, tu amo y mi tio
con él peleó y venció
allá en el Milanesado,
dando pruebas de valor.
Y lo que es mi prima Elena
piensa lo mismo que yo,
y no quiero al archiduque,
porque es feo y muy huron.
Le ví en Madrid cuando entraba,
junto á la plaza Mayor;
ni un alma habia en las calles...
¡ay!.¡qué mañana nos dió!
Cuando sentí que pasaba
entreabrí un poco el balcon;
si tú le vieras qué raro;
con un bigotazo atroz.

LEON. Ay, señorita, es preciso...

LUISA. Defendernos, si señor;
traeremos aqui fusiles,
y si quieres un cañon,
y moriremos con gusto.

LEON. ¿Yo? de seguro que no.

LUISA. ¿Pero tienes perlesia?
no te ha dado mal temblor.

LEON. ¡Jesus! siempre tan alegre...
¡ay, qué bendicion de Dios!
en cambio el ama está triste.

LUISA. No tiene tan buen humor.

LEON. Sobre todo hace tres dias
que de Cádiz recibió
la noticia de la muerte
de un antiguo servidor
de casa de sus abuelos,
y una carta.

LUISA. ¡Ah! ¡curioson!

LEON. Lo he sabido casualmente.

LUISA. Eres un hombre de pró.

LEON. Y yo quiero á la señora
con todo mi corazon;
casi tanto como el amo,

¡Qué buen par hacen los dos!
y eso que el ama es muy jóven
y el coronel es mayor.
¿Pero no ois?

LUISA. No.

LEON. ¡Ay! ya gritan.

LUISA. Pues entonces ellos son.
Pronto empezará el degüello.

LEÒN. ¡Vírgen santa de la O!

LUISA. Prenderán fuego á las casas
y te harán un chicharron.
Corre.

LEON. No puedo.

LUISA. ¡Ah! ¡valiente!

LEON. Las piernas dicen que no.
(Luisa se rie á carcajadas.)

ESCENA III.

DICHOS, ELENA.

ELENA. Luisa. (Por la colateral derecha.)

LUISA. Elena.

ELENA. ¿Estás de broma?

LUISA. Son hazañas de Leon,
que quiere batir él solo
el ejército invasor.

LEON. Lo que quiero es esconderme.

ELENA. ¿Y mi marido?

LEON. Salió;
hoy se espera á un regimiento;
como tiene esa aficion...

ELENA. Vete.

LEON. Venia á deciros
que entran los austriacos hoy.

LUISA. No hagas caso.

ELENA. Puedes irte.

LUISA. Cuidado, jóven precoz,
no te pierdas.

LEON. Pues yo pronto,
á la bodega me voy. (Se vá por el fondo.)

ESCENA IV.

LUISA y ELENA.

LUISA. El rey no debe perder
á tan bizarro guerrero,
Leon siempre irá el primero...
como toquen á correr.
ELENA. ¡Qué feliz eres!
LUISA. ¿Olvidas
que no tengo á qué llorar?
Si yo conozco el pesar,
es solamente de oidas.
¿Quieres verme triste?
ELENA. ¡Oh! no.
LUISA. Luego es cuestion de organismo.
¿Por qué no haces tú lo mismo?
rie y canta como yo.
La causa no se me alcanza
de tu honda melancolía;
y luego yo, prima mia,
no te inspiro confianza.
Si al menos me dieras parte
en tu quebranto y dolor,
tal vez con mi buen humor
lograria consolarte.
Pero nada, es fuerte cosa,
te echaste á la boca un punto;
y vamos, en este asunto
no dirás que soy curiosa.
ELENA. Es cierto.
LUISA. Un año cabal
hace que estoy á tu lado,
y nunca te he preguntado
¿qué tienes? ¿cuál es tu mal?
Ni aunque tú me lo contaras
me iba yo á afligir por tí,
porque ¿quién me mete á mí
en camisa de once varas?
ELENA. No ha habido ocasion.
LUISA. Lo creo,

la reserva es provechosa;
pero hablemos de otra cosa.
¿Vamos á dar un paseo?

ELENA. No; mi silencio acabó,
pregúntame cuanto quieras,
nada te oculto.

LUISA. ¿De veras?
pues ahora no quiero yo.

ELENA. Me oirás.

LUISA. ¿Y á mí qué me importa?

ELENA. Es historia bien amarga.

LUISA. Pero será historia larga,
y tengo prisa.

ELENA. Es muy corta.

LUISA. Otro dia.

ELENA. Ya es empeño.
Siéntate.

LUISA. ¿No quieres mas? (Se sienta.)

ELENA. Oye y todo lo sabrás.

LUISA. Bien, como no me entre sueño.

ELENA. Tranquila en Cádiz vivia
con mis tios, que ya han muerto,
y yo era entonces por cierto
mas alegre que en el dia.
Un jóven me habló de amor.

LUISA. ¡Hola! ¿conquista tenemos?

ELENA. Fueron tantos sus extremos,
era tan puro su ardor,
que al mirar su frenesí
y cariño tan constante,
con el fuego del amante
vida y corazon le dí.
Era un apuesto oficial,
aun no le apuntaba el bozo.

LUISA. Comprendido; era un buen mozo.

ELENA. Valiente, amable y jovial.

LUISA. ¡Qué dolor no haberle visto!
¿Y te engañó? Al fin fué hombre.

ELENA. ¿Quién? ¿Felix?

LUISA. ¡Bonito nombre!

ELENA. ¡Él engañarme!...

LUISA. No insisto.

ELENA. Cifraba todo su afan
en llamarse esposo mio;
pero se opuso mi tio,
protector de otro galan.
Quizá un partido violento
agitaba ya en su mente,
cuando á Italia de repente
partió con su regimiento.
Escribirme prometió,
y su promesa fué engaño;
aguardé un mes, dos, un año,
y la carta no llegó.
Ni aun Cárlos, su amigo fiel,
que nuestro amor protegia
y marchó en su compañia,
noticias me ha dado de él.
Entonces á mi pesar
conocí su inicuo trato;
lloré, maldije al ingrato,
mas no le pude olvidar.
Muertas ya mis ilusiones
visitó mi casa Herrera,
mi esposo, que entonces era
un coronel de dragones.
Cuando mi tio murió,
él que aqui es rico hacendado,
por estar á nuestro lado,
su retiro consiguió.
Y fué nuestra providencia,
como á un padre le queria;
me pidió mi mano un dia,
y no opuse resistencia.

LUISA. Bien hecho, el otro galan
te dió sobrado pretexto;
nada; á rey muerto, rey puesto,
como nos manda el refran.

ELENA. Y en mi tierna juventud
á un hombre de edad me uní,
el amor no hablaba en mí,
me casé por gratitud.

LUISA. Pues no encuentro ningun lance
á toda esa historia, Elena;

es que no vale la pena
ni aun de ponerla en romance.

ELENA. Si no he terminado; es mucho,
siempre tan precipitada.

LUISA. Entonces no dije nada;
vuélvome á sentar y escucho.

ELENA. Hará una semana escasa
que á mi poder ha llegado
una carta de un criado
que en Cádiz sirvió en mi casa.
Y ya, al espirar, confiesa
que don Felix me escribia,
mas él las cartas abria,
y eran de las llamas presa.
Mi tio fraguó ese plan;
Luisa, ¿comprendes ahora
el pesar que me devora
y que acrecienta mi afan?
Al no recibir respuesta,
Felix con harta razon,
lo habrá creido traicion
é ingratitud manifiesta.

LUISA. Pues si no se ha arrepentido
tu tio, no está en el cielo.

ELENA. Ver á Felix es mi anhelo.

LUISA. Seria comprometido.

ELENA. Un minuto nada mas
para decirle: no es cierto,
no, Felix, mi amor no ha muerto,
ni fuí ingrata jamás.
Mi constancia no te asombre,
el alma asi lo ha querido,
¿no ves que á cada latido
me está diciendo tu nombre?
El crimen no ha sido mio.

LUISA. Elena, por caridad,
si tu marido...

ELENA. Es verdad;
tienes razon, desvario.
Y aun creo que ha sospechado
de esa carta maldecida,
que mi pasion ya dormida

un momento ha despertado.

LUISA. Olvídale, es lo mejor:
sabe Dios qué será de él.

ELENA. Si; que antes que amante fiel
soy esposa con honor.

LUISA. Bien dicho; pero entre tanto
estás llorando.

ELENA. ¿Yo, Luisa?
Es que el dolor se vá aprisa
y busca salida el llanto.

ESCENA V.

DICHAS, HERRERA.

HER. ¡Elena! (Por el fondo.)

ELENA. ¿Quién?

LUISA. ¡Tu marido!

HER. ¡Hola! os encuentro á las dos,
lo celebro.

LUISA. (¡Ay, santo Dios,
á qué mal tiempo ha venido!)

HER. Tenemos dos alojados.

LUISA. ¿Si?

HER. Ha llegado un regimiento,
Elena.

ELENA. Voy al momento.

ER. Tienes los ojos hinchados.

LUISA. Pues de llorar no será,
tal vez de tanto reir.

ELENA. Siempre habrá que prevenir...

HER. Quédate, Luisa lo hará.

LUISA. Justo; y en un santiamen.
Nada, y manos á la obra,
para dos un cuarto sobra,
ese me parece bien.
(Señalando al de la izquierda segundo término.)

HER. Ya que tan amable estás
disponlo todo.

LUISA. Corriendo.
(Ahora que su mal comprendo,
ya la compadezco mas!) (Váse.)

ESCENA VI.

ELENA, HERRERA.

HER. Elena, tengo derecho
para enojarme contigo;
¿acaso no soy tu amigo?
¿por qué no me abres tu pecho?
¿Qué motiva tu tristeza,
tu tenaz melancolia?
dime si la culpa es mia;
habla, Elena, con franqueza.

ELENA. No.

HER. Tus órdenes acato.
¿Te inspira tédio y pesar
vivir en este lugar
sin distracciones ni trato?
Pues te llevaré á la córte
no bien la guerra concluya;
mi voluntad es la tuya
y tu amor mi único norte.

ELENA. No te acongojes por mí,
siempre alegre me verás;
soy tan feliz que jamás
quisiera salir de aqui.

HER. Bien; con tu dolor te dejo,
y harto comprendo tu pena;
tú eres muy jóven, Elena,
y yo camino hácia viejo.
Tal vez tu felicidad
no seria un nombre vano,
si hubieras dado tu mano
á otro amante de tu edad.

ELENA. Al casarme libre fuí,
y, si necesario fuera,
hoy, como entonces, Herrera,
te hubiera dicho que si.

HER. Gracias: ¿qué bien hay mayor?
Perdóname si te riño;
el exceso de cariño
es mi disculpa mejor.

Si hubieras sido la esposa
del jóven que á amar empieza
y en quien es naturaleza
agitada y veleidosa,
la sed de oro, ó la ambicion,
ó un amigo disipado,
tal vez te hubieran robado
parte de su corazon;
mas yo, que solo de tí
la dicha en el mundo espero,
yo te le dí todo entero
cuando contigo me uní.
Lo juzgo dicha ilusoria
y honores y mando esquivo,
para tí tan solo vivo,
tú eres mi ambicion, mi gloria.
No es mi amor fuego brillante
que al aire esparce su llama,
fuego, que si un soplo inflama,
otro le apaga al instante;
es reconcentrada hoguera,
que hierve en espacio estrecho,
y solo estallando el pecho
puede difundirse fuera.
¿Has visto á la tarde ya
lucir un astro hechicero?
pues tú eres ese lucero
y yo el dia que se vá.
De mi vida en el ocaso
miro en tí la luz postrera,
que la vejez lastimera
se acerca á mí paso á paso.
Esclavo de tus antojos
viviré para quererte,
y cuando venga la muerte
tú me cerrarás los ojos.

ELENA. ¡Oh! si; y el alma tendré
en tus ojos siempre fija;
con el afan de una hija
para amarte viviré;
y mi lengua te declara
que nunca otro amor pudiera...

HER. Si alguno á tí se atreviera,
por mi honor que le matara.
Pero hablemos de otra cosa,
aun soñarlo es ilusion,
que harto sabes cuáles son
los deberes de una esposa.
Ya tardan los alojados.

ELENA. (Que no le vuelva yo á ver.)

HER. Por supuesto es menester
que esten muy agasajados.
Mira si Luisa...

ELENA. Es verdad,
voy corriendo. (Aunque haya lucha
yo le olvidaré, que es mucha
mi fuerza de voluntad.)
(Váse por la derecha, primer término.)

ESCENA VII.

HERRERA.

Siempre esquiva y melancólica.
¿Será que traidora pena
ó el recuerdo de un amante
den pábulo á su tristeza?
Ello no hay duda; esa carta,
que en mal hora recibiera,
y fué á su estancia á leer
huyendo de mi presencia,
de nuevas inesperadas
ha sido la mensajera,
y por eso desde entonces
es su inquietud mas violenta.
Tal vez el hombre que amó
su afan le recuerda en ella...
¡Oh! de pensarlo tan solo
hierve la sangre en mis venas.
Celos, ¿por qué asi en mi pecho
os entrasteis con tal fuerza,
que adonde quiera que miro
veo deshonra y afrenta?

ESCENA VIII.

HERRERA y LEON.

LEON. Señor. (Por el fondo.)
HER. ¿Qué ocurre?
LEON. Un soldado
viene con unas maletas.
HER. ¿De los alojados?
LEON. Justo.
HER. Pues su habitacion es esa.
LEON. Está bien; sabeis si es cierto
lo que me ha dicho un trompeta,
que un destacamento austriaco
acaba de entrar en Yecla?
HER. Será como el labrador
que distinguió á media legua
al ejército enemigo,
y era un rebaño de ovejas.
LEON. Los hay tambien muy miedosos.
HER. Vete.
(Aparece D. Felix en la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. FELIX.

FELIX. ¿El coronel Herrera?
HER. Servidor.
LEON. (Un alojado,
y buen mozo por las señas.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA X.

D. FELIX, HERRERA.

FELIX. Dispensadme si os molesto,
es órden del general,
que me manda á vuestra casa,
donde me habreis de alojar.

HER. Nunca en mi casa molesta
un caballero oficial,
ni mis compañeros de armas
me son gravosos jamás.
Siempre el coronel Herrera
tendrá un asiento en su hogar
para los bravos que luchan
por rey, patria y libertad.

FELIX. Coronel, os doy las gracias.

HER. Mas si no recuerdo mal,
eran dos los alojados.

FELIX. Justo, y asi es la verdad.
Falta mi amigo de infancia,
el teniente Carvajal;
le ha detenido el servicio,
mas poco puede tardar.

HER. Podeis mandar cuanto os plazca.
Me retiro.

FELIX. Perdonad,
no os enseñé la boleta.

HER. Reparad que me agravials.

FELIX. Por distraccion no os he dicho
ni aun mi nombre.

HER. Capitan,
sois un valiente y me basta.

FELIX. Mi coronel, bien está,
podeis contar desde hoy mismo
con un amigo leal:
me llamo Felix Mendoza.

HER. Mi nombre lo sabeis ya.
Vuestro apellido llevaba
en la guerra de Milan
un fiel compañero mio,
tan valiente como audaz.

FELIX. Mi padre estuvo en Italia
y en una accion, no sé cuál,
debió la vida á un amigo.

HER. ¡Extraña casualidad!

FELIX. Que fué herido por salvarle.

HER. ¿Cómo se llamaba?

FELIX. Juan.

HER. El mismo; ¡y vos sois su hijo!

No os podeis imaginar
todo el placer y alborozo
que esta sorpresa me dá.
Vuestro padre era mi hermano
y todo un héroe ademas,
y al correr á libertarle,
mi vida corrí á salvar.

FELIX. Vos fuisteis... dejad que os bese
la mano...

HER. ¿Qué haceis?... alzad,
á mis brazos.

FELIX. Alma y vida
vuestras son.

HER. Me recordais
su gallardo continente,
su aire de noble y galan,
y hasta creo al abrazaros,
que ahora le vuelvo á abrazar.

(Suena dentro una música de regimiento.)

FELIX. ¿No ois?

HER. Algun regimiento
de los que llegando van.

FELIX. Esa marcha... no me engaño,
si... es el mio... el de Alcalá.
Venid, desde este balcon
le podremos ver pasar.
Allí van mis granaderos,
esforzados si los hay:
vedlos, mirad qué arrogantes,
qué apostura tan marcial,
leones son cuando al campo
se lanzan á pelear.

HER. Bien honran á quien los manda.

FELIX. No trocaria jámás
por el cetro soberano
mi espada de capitan.
Esos bravos granaderos,
modelo de heroicidad,
son mis hermanos del alma,
que á la lid conmigo van.
Y á los ecos de esa marcha
que nuevo aliento nos dá,

por la patria y por Felipe
volamos á batallar.
Y cuando en toda la línea
suena la ansiada señal,
y al frente de mis valientes
grito: «á morir ó á triunfar,»
entonces mi ser revive,
arde encendida mi faz
y el corazon á latidos
del pecho quiere saltar.
El humo ciega mi vista,
y avanzo en la oscuridad,
cual la piedra del torrente
que al fondo rodando vá.
Cada valiente soldado
que á mis pies viene á espirar,
mas mi coraje acrecienta
y enciende mi furia mas.
Y en irresistible empuje,
raudos como el huracan,
hombres, ginetes, caballos
vamos dejando detrás;
y al fin la victoria es nuestra,
que aun en lucha desigual,
muertos seremos vencidos,
pero con vida, jamás.

HER. Capitan, dadme otro abrazo:
asi era yo á vuestra edad,
y al oiros, en mis venas
la sangre bullendo está.

ESCENA XI.

DICHOS, CARLOS.

CARLOS. (Parado en la puerta del fondo.)
¿Por aqui? Gracias. ¡Qué linda!
¡Oh, patrona angelical!

HER. Alguien llega.

CARLOS. Aqui me quedo
por toda una eternidad.

HER. No le conozco.

FELIX. Es mi amigo

el teniente Carvajal,
siempre decidor y alegre.
Cárlos, entra.

CARLOS. ¡Hola! ¿ahí estás?

FELIX. Con el coronel Herrera,
nuestro huésped.

CARLOS. Dispensad.

FELIX. ¿Con quién hablabas parado
de la puerta en el umbral?

CARLOS. Con un ángel, una diosa,
un portento de beldad.

HER. Tal vez fuera mi sobrina.

CARLOS. Es sobrina celestial.
Recibid mi enhorabuena.

HER. Reparad que la adulais.

FELIX. Á Cárlos le gustan todas.

CARLOS. Las feas no.

HER. Es natural.

CARLOS. Vamos, ¿te sientes mejor?

HER. ¿Estais malo, capitan?

FELIX. Padezco de la cabeza.

CARLOS. Que nunca le deja en paz:
ademas, con el camino
y el sol hay para enfermar:
hace un mes tuvo un amago
de un ataque cerebral,
y luego guarda en el pecho
un escondido pesar,
un amor de hace seis años
y que otros mil durará.

HER. Constante sois.

FELIX. Exagera.

CARLOS. Por una ingrata.

HER. ¿Eso mas?

CARLOS. Yo en ese tiempo he querido
por lo menos á un millar.

HER. Pero permitid que os deje,
vais á arreglaros quizás:
ya os presentaré á mi esposa.

CARLOS. (Que será algun carcamal.)

HER. Y os sentareis á mi mesa
si acompañarme gustais.

CARLOS. No faltaremos.
FELIX. Mil gracias.
CARLOS. (Yo acepto sin vacilar,
comeré con la sobrina.)
FELIX. Hasta luego.
HER. Adios quedad.
(Váse por la colateral derecha.)

ESCENA XII.

FELIX, CARLOS.

FELIX. Tú siempre tan hablador:
ten esa lengua mas corta:
¿al coronel qué le importa
saber mis cuitas de amor?
CARLOS. Toma, y por qué te enamoras;
no es crímen tan inaudito:
si el amor fuera delito
yo estaba áhorcado á estas horas.
FELIX. Ten formalidad aqui;
en los pueblos se murmura...
CARLOS. ¿Qué quieres? genio y figura...
yo siempre he de ser asi.
FELIX. Mas ya los treinta cumpliste...
CARLOS. Y pico, y mucho lo siento;
pero si llego á los ciento
no he de estar mucho mas triste.
Acaso pretenderás
que imite tu humor sombrio;
pretendes un desvario
que no has de lograr jamás.
Vamos á cuentas: ¿por qué
abrigas tan honda pena?
Porque te ha olvidado Elena,
que te juró amante fé,
y toda la historia es esta.
Conmigo á Italia partiste;
llegaste allí, le escribiste,
y aun aguardas la respuesta.
Ella ha jugado otro albur;
y á fuer de mujer coqueta,

ha girado la veleta
cambiando de Norte á Sur.
Se necesita heroismo
para ser tan consecuente:
si ella dió un cambio de frente
¿por qué no haces tú lo mismo?
Y aunque sabes sus agravios,
en tu constancia insensata
siempre el nombre de esa ingrata
está bullendo en tus labios.
Tu ser Elena avasalla
y Elena es tu pensamiento,
en la villa, el campamento,
en la fiesta ó la batalla;
y Elena es tu solo puerto,
y Elena es tu bien querido,
y Elena dices dormido
y Elena dices despierto.
Por Dios, deja á Elena á un lado
y á olvido á Elena condena,
porque ya con tanta Elena
me tienes elenizado.

FELIX. Rie, compasion te inspiro;
tú nunca has sabido amar;¡
yo á Elena pienso olvidar
cuando dé el postrer suspiro.

CARLOS. De fijo si ahora la viera
no la desconoceria,
que recuerdo todavia
aquella faz hechicera.
Tú á una sola te acomodas;
pero, yo, en rumbo contrario,
necesito el calendario
para recordarlas todas.
Elena, me acuerdo de una,
Juana, de otra; y sigo asi:
Luisa, la que en Elche ví,
Ana, la rubia de Osuna,
Felisa, la de Zamora,
Isabel, la de Marbella,
Inés, la linda doncella
de mi querida Eleonora.

Y asi entre malas y buenas,
aunque de oirlo te asombres,
las tengo de algunos nombres
á pares y hasta á docenas.
No hacer á ninguna mal
y amar á todas lo mismo;
este es todo el catecismo
del teniente Carvajal.

FELIX. Esa doctrina no pasa;
se ama á una sola y no á ciento.

CARLOS. Pues tengo un presentimiento
desde que entré en esta casa.
Que me pone el cascabel
y me obliga á ver al cura
esa divina hermosura
sobrina del coronel.
He sentido una emocion
al verla, asi tan extraña...

FELIX. Ya hay otro amor en campaña.

CARLOS. Me ha llegado al corazon.

FELIX. Tú vas á acabar en loco.

CARLOS. Pues no desmayo en mi empresa.

FELIX. Pronto iremos á la mesa
y es fuerza arreglarse un poco.
¿No vienes?

CARLOS. Vamos allá.

(Felix entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA XIII.

CARLOS, despues LUISA.

LUISA. ¡Leon! (Desde dentro.)

CARLOS. Esa voz... es ella,
aqui me la trae mi estrella:
adelante y Dios dirá.

LUISA. Ya está todo preparado.

CARLOS. Señorita...

LUISA. ¡Ah!

CARLOS. Dispensad.
(¡Qué soberana beldad!)

LUISA. (No es mal mozo el alojado.)

CARLOS. Bendito sea el momento
en que esta ciudad pisé,
y un paraiso encontré
en lugar de alojamiento.
LUISA. Galante está el oficial.
CARLOS. Mas linda está la patrona.
LUISA. Poco vale mi persona.
CARLOS. Eso es modestia.
LUISA. No tal.
No me alucineis por Dios.
CARLOS. Preguntádselo al espejo.
LUISA. ¡Me miro en uno tan viejo!
CARLOS. Chancera estais.
LUISA. Como vos.
CARLOS. ¿Nadie en tan rara hermosura
puso los ojos?
LUISA. Ninguno.
CARLOS. ¿Pero es posible?
LUISA. Ni uno,
sois el primero.
CARLOS. ¡Oh, ventura!
Asi serán atendidas
mis súplicas...
LUISA. ¿Qué interés?
CARLOS. Tengo amor.
LUISA. ¿Y amor qué es?
CARLOS. ¿No le conoceis?
LUISA. De oidas.
CARLOS. ¿Y si nos prende á los dos?
LUISA. ¿Prendernos?
CARLOS. Como á otros mil.
LUISA. ¿Pues qué, amor es alguacil?
CARLOS. Chancera estais.
LUISA. Como vos.
CARLOS. ¿Vuestro nombre?
LUISA. Luisa: ¿el vuestro?
CARLOS. Cárlos. Pues os amo, Luisa.
LUISA. Pues, Cárlos, vais muy de prisa,
mas calma, señor maestro.
CARLOS. Seré dócil.
LUISA. ¿De verdad?
CARLOS. Constante.

LUISA. ¿En lo poco firme?
CARLOS. Nada celoso.
LUISA. ¿En servirme?
CARLOS. Rendido...
LUISA. Á cualquier beldad...
CARLOS. Sereis mi reina.
LUISA. ¡Por Dios!
CARLOS. Se entiende, sin cortesanos.
LUISA. Claro.
CARLOS. Y habrá besamanos. (Se la besa.)
LUISA. Chancero estais.
CARLOS. Como vos. (Siguen hablando.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ELENA y HERRERA.

HER. Tal vez nos esperen ya,
son dos amigos muy intímos;
ahí está uno cabalmente.
CARLOS. ¿Qué me exigis?
LUISA. Calma y juicio.
¡Ah!
HER. ¡Carvajal!
CARLOS. ¡Dispensadme!
HER. Mi mujer.
CARLOS. Me felicito...
(¡Cielo santo, Elena!)
ELENA. (¡Cárlos!)
LUISA. (¡Qué turbacion! no adivino...)
HER. (¿Qué me anuncia esa sorpresa?)
CARLOS. (Encuentro mas imprevisto.)
ELENA. (Felix está aqui; yo tiemblo.)
LUISA. ¿Te pones mala?
ELENA. Un vahido.
CARLOS. Señora, tengo un placer...
(¿Y á Felix cómo le aviso?)
HER. Si las señales no mienten
erais amigos antiguos.
ELENA. Justo, amigos ya hace tiempo.
CARLOS. En Cádiz nos conocimos.
HER. (Inquietos los dos estan.)

LUISA. (Pero, Elena, no me explico...)
HER. ¿Y vuestro amigo don Felix?
CARLOS. Voy á ver, ya estará listo.
HER. No le molesteis.
CARLOS. No.
LUISA. Dime, (Ap. á Elena.)
ese Felix es...
ELENA. El mismo.

ESCENA XV.

DICHOS y FELIX.

CARLOS. (Al ver á Felix que sale.) ¡Ah!
(Elena está aqui, prudencia.)
FELIX. ¡Cielos!
HER. ¿Y sientes alivio? (Á Elena.)
ELENA. Si.
LUISA. Mírale.
HER. Él es.
FELIX. (¡Qué infame!)
CARLOS. ¡Cálmate!
HER. Llegad, amigo.
FELIX. Dispensadme, coronel;
mas pequé de inadvertido
si os hice aguardar.
HER. No tal.
LUISA. No tiembles.
ELENA. (Valor, ¡Dios mio!)
HER. Este es don Felix Mendoza,
nuestro huésped interino;
valiente como su padre,
que en Millan lidió conmigo.
FELIX. Y al que salvasteis la vida.
HER. Fué bien pequeño servicio.
ELENA. Caballero, yo celebro...
FELIX. Los pies os beso.
LUISA. (Es muy fino.)
CARLOS. (Hay que salir de esta casa,
ó si no temo un conflicto.)

ESCENA XVI.

DICHOS y LEON.

LEON. La comida está dispuesta.
HER. Vamos.
CARLOS. Si puedo serviros...
(Ofreciendo el brazo á Elena.)
HER. Mas cerca se halla don Felix.
CARLOS. Si; pues me alegro infinito.
(Ofrece el brazo á Luisa)
LEON. Ay, señor, ahora es de veras,
ya está encima el enemigo.
ELENA. ¡Felix! (Con ternura.)
FELIX. Salgamos, señora.
LEON. Un ciego es quien me lo ha dicho.
CARLOS. ¡Muerto estoy!
LUISA. ¿De hambre? pues vamos.
HER. ¡Déjame! (Á Leon.)
LEON. Está bien: no insisto. (Váse.)
HER. ¿Qué dudo? los dos se amaban
y al turbarse se han vendido;
alerta, honra mia, alerta,
que mi honor está en peligro.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS.

Dice que está descansando,
tal lo asegura Leon:
verla asi, de sopeton,
sin saber cómo ni cuándo...
¡Ella!... ¡él!... ¡yo!... ¡su mujer!...
¡su esposo!... ¡Vaya un encuentro!
Pues yo no he vuelto á mi centro
desde aquel susto de ayer.
Y si empiezan las preguntas...
¿Pero y Luisa?... ¡qué hechicera!...
yo caigo en la ratonera,
las pago aqui todas juntas.
Dirán que de juicio escaso
acaso en infiel acabe,
pero el caso es caso grave
y hay un fracaso ó me caso.

ESCENA II.

ELENA y CÁRLOS.

CARLOS. (¡Ah!... ¡Elena!) (Saliendo Elena por la derecha.)
ELENA. (El teniente aqui.)
CARLOS. Felices dias, señora.
ELENA. Felices.
CARLOS. (Yo tiemblo ahora
por él, por ella y por mí.)
ELENA. ¿Qué tal la noche?
CARLOS. Mediana,
de servicio, en el cuartel.
ELENA. Lo siento.
CARLOS. ¿Y el coronel?...
ELENA. Hoy salió muy de mañana.
CARLOS. ¿Y Luisa... ese ángel que hechiza?
ELENA. Bajó hace poco á la huerta.
CARLOS. ¿Si?... Pues yo tomo la puerta,
voy á coger hortaliza.
ELENA. ¿Y el capitan?...
CARLOS. (Ya salió.)
Durmiendo.
ELENA. ¿Está delicado?
CARLOS. Si; la vida del soldado...
no es tan fuerte como yo.
(Aunque es hacerla un desaire,
no hay que añadir leña al fuego.)
Si permitis... hasta luego.
ELENA. ¿Os vais?...
CARLOS. Á tomar el aire.
Daré en la huerta un paseo:
si gustais os acompaño.
ELENA. Gracias, me hace el aire daño.
CARLOS. Entonces... (Vóyme, y *laus Deo.*)
ELENA. Oid.
CARLOS. Señora, mandad.
ELENA. Como el vulgo no descansa,
dicen que estan sobre Almansa
los austriacos.
CARLOS. No es verdad.

Ni vendrán.

LENA. Quiéralo Dios;
mas los vieron en Ayora.

CARLOS. (Otro austriaco es el que ahora
nos tiene en vilo á los dos.)

ELENA. (Si yo lograra saber...)
Un momento.

CARLOS. (Es mucho afan.)

ELENA. Deciais que el capitan...

CARLOS. Yo no.

ELENA. Creí...

CARLOS. Puede ser.

ELENA. Que está triste. ¿Es desgraciado?

CARLOS. No. (Qué apuro!)

ELENA. (No me atrevo...)

CARLOS. (Mas yo disuadirla debo:
que crea que la ha olvidado...)

ELENA. Algun oculto pesar...

CARLOS. ¿Quién, él?... ¡pesares Mendoza!
si él mas que ninguno goza
del fuero del militar.
Chancero y emprendedor,
siempre risueño y contento,
deja en cada alojamiento
una víctima de amor.
Componen ya un catecismo.

ELENA. ¿Qué decis?...

CARLOS. Es un don Juan.
(En lugar del capitan
me estoy pintando á mí mismo.)

ELENA. ¿Y es voluble?...

CARLOS. Por supuesto.
Tiene las novias por dias.
(Le colgaré algunas mias
y aun me quedará repuesto.)

ELENA. (¡Y yo le juzgué constante!)

CARLOS. Felix es hombre de historia;
en Flandes dejó memoria
de seductor y galante.
Quién allí en amar no peca
si es toda moza un castillo,
que lleva en cada carrillo

dos arrobas de manteca.
Las flamencas son tranquilas,
mas Felix, tan listo anduvo
que en Brujas seis brujas tuvo,
y en Lila amó á doce *lilas*.
La hija de un cervecero,
le dió cerveza sin tasa,
y le entapizó la casa
la prima de un tapicero.
La sobrina de un prior
le hizo caso por chiripa,
y fumó mas de una pipa
con tan orondo señor.
Mas si amando era una malva,
valiente hasta dar la vida,
se acuchillaba en seguida
con el lucero del alba.
Y era para él una viña
hallar sin ninguu temor,
en cada reja un amor,
tras cada esquina una riña.
Sus amigos le envidiaban,
sus soldados le aplaudian,
los flamencos le temian,
las flamencas le adoraban.
Y á la clara luz del sol
iba pregonando asi:
«flamencos, mirad aqui
lo que vale un español.»
Nos dijeron: flanco izquierdo,
y á España nos trasladaron,
allí sus novias quedaron,
y si te ví no me acuerdo.

ELENA. (Yo le he olvidado tambien.)

CARLOS. Fué de los mas calaveras.
¡Como amó una vez de veras
y no le salió muy bien!...

ELENA. (Comprendo.)

CARLOS. Buscaba modo
de olvidar á aquella ingrata.

ELENA. ¡Oh, no!

CARLOS. Una perjura, en plata.

ELENA. Carvajal, sabedlo todo...

ESCENA III.

DICHOS y LEON.

LEON. Ahora si que vá de veras;
(Entra corriendo por el foro.)
yo lo los he visto; ahí estan.
ELENA. (Leon.)
CARLOS. ¿Quiénes?...
LEON. Los austriacos.
ELENA. (Cuando me iba á sincerar...)
CARLOS. Muchacho, no te amilanes,
que ya se les zurrará.
(Aprovecho este momento.)
Voy á ver... Con Dios quedad.
(Me pasaré por la huerta,
Luisa por fuerza sabrá...) (Se vá por el fondo.)

ESCENA IV.

DICHOS, menos CARLOS.

ELENA. ¿Y mi marido?..
LEON. Aun no ha vuelto.
Salió á ver al general
á ofrecerse para un caso.
ELENA. ¿Y don Felix?...
LEON. Malo está,
lo que es en toda la noche
no ha hecho mas que delirar.
ELENA. ¿Y no has avisado al médico?...
LEON. No, señora.
ELENA. Hiciste mal.
LEON. Se alivió á la madrugada,
y ahora está mas regular.
Como á mitad de comida
se indispuso el capitan,
y achacándolo á cansancio
se retiro á descansar.
Yo me he quedado á velarle,

pero no he visto jamás
un enfermo tan inquieto
y á la vez tan charlatan.

ELENA. ¿Qué decia?...

LEON. Disparates.
¡Se movia sin cesar,
á la izquierda, á la derecha;
vuelve aqui, vuelve de allá!
temí que le hubiera dado
un ataque cerebral.

ELNNA. ¿Y no pudiste entender
lo que decia?...

LEON. ¿Yo?... quiá.
Solo oí palabras sueltas:
si me pudiera acordar...
decia: «¡es ella!... ¡está aqui!...
¡qué horror!... ¡qué felicidad!..
¡y la quiero!... ¡y la aborrezco!...»
y traia un guirigay...
Sospecho que alguna novia
le habrá engañado.

ELENA. Quizás.

LEON. Eso se figura el amo.

ELENA. ¿Qué dices?...

LEON. Lo sabe ya.
Me preguntó antes de irse
por el señor oficial,
y le he contado lo mismo.

ELENA. (Oh, si llega á sospechar!)

LEON. Me dijo que no era extraño
que un jóven guapo y galan,
preso estuviera en las redes
de alguna ingrata beldad;
y que al decir que aqui estaba
deliraba nada mas.

ELENA. Justo: ni Luisa ni yo
le conocemos.

LEON. Cabal.
Eso es de la misma sangre,
que se sube á predicar.

ESCENA V.

DICHOS y LUISA.

LUISA. (Por el fondo.) Elena.
ELENA. Felices, Luisa.
LUISA. ¿Cómo te encuentras?
ELENA. Tal cual.
LEON. Señora, con su permiso,
voy á ver si el capitan...
LUISA. Encárgale que se cuide.
LEON. Muy bien, se le encargará.
(Se vá por la colateral segundo término.)

ESCENA VI.

ELENA y LUISA.

ELENA. Luisa, estoy sobresaltada,
tiemblo solo de pensar...
LUISA. Explícame antes de todo
la causa de tu ansiedad.
ELENA. Don Felix...
LUISA. ¿No se ha aliviado?
El pobre pena me dá.
ELENA. ¿Tú no sabes?...
LUISA. No sé nada.
ELENA. Me ha contado Carvajal
que en Flandes amó á trescientas.
LUISA. Vamos, pues ya es cantidad,
é hizo muy bien en amarlas
si se dejaron amar.
En la huerta hallé al teniente,
siempre rendido y jovial.
ELENA. Fué un ingrato.
LUISA. Le disculpo,
te creyó infiel.
ELENA. Es verdad.
LUISA. Y quizá al volver á hallarte
brote su amor mas voraz.
ELENA. Segun Leon, esta noche

no cesó de delirar:
¿sabes qué decia... «es ella,
ya la he visto, si, aqui está.»

LUISA. ¿Lo ves?... ¿Y dijo tu nombre?

ELENA. No.

LUISA. Pues fué casualidad.
El verte tan de improviso
le trastornó; es natural.

ELENA. Y Herrera lo sabe todo;
Leon se lo fué á contar.

LUISA. ¿Tambien lo de «ella está aqui?»

ELENA. Si: todo de pé á pá.

LUISA. Pues el compromiso es grave.

ELENA. Ya ves, y él que es tan sagaz,
dirá: de las dos ¿cuál es?...
y principiará á indagar.

LUISA. Nada, decididamente
estamos sobre un volcan.

ELENA. Soy muy desgraciada, Luisa.

LUISA. Ánimo, lo principal
es conjurar la tormenta
antes que empiece á tronar.

ELENA. Yo pienso hablar á mi esposo
y decirle la verdad.

LUISA. Para darle ese mal rato
tiempo de sobra tendrás.
Ese es el remedio heróico,
¿estás? la bomba final.
Antes conviene indicarle
con tacto y habilidad
que mude de alojamiento,
cōsa fácil por demas.
Tú finges indiferencia,
sobre todo no os hableis,
él se marcha, tú le olvidas
y todo se queda en paz.

ELENA. Pero antes quisiera hablarle.

LUISA. ¿Cómo? te vas á arriesgar
á tener una entrevista?

ELENA. Dos minutos nada mas.
Ya ves, me parece justo;
ya me debo sincerar,

decirle que mi desvio
no ha sido infidelidad.
Eso á mi juicio no tiene
nada de particular;
¿no es cierto?... di... ¿yo qué pierdo?
responde... es tan natural...

LUISA. Si tú te lo dices todo,
yo, qué te he de contestar?...
Corriente: pues cuanto antes
os hableis, mejor será:
ahora que Herrera ha salido
tondrás mas tranquilidad.
Tal vez se haya levantado,
le aguardas aqui, y verás
qué pronto sales del susto
y él qué contento se vá.
Que Leon le avise.

ELENA. Aguarda;
y bien pensado está mal
que sin que él me haya acusado
yo me vaya á sincerar.
¿Y á qué necesito hablarle?...
no tengo ningun afan,
debo evitar su presencia
y él me lo agradecerá.

LUISA. Pero, Elena, ¿en qué quedamos?
no he visto inconstancia igual.
Quiero verle, ya no quiero,
qué diran, qué no dirán;
que ahora es bueno, que ahora es malo;
y despues que es regular.
Elena, dí blanco ó negro,
mas no te vuelvas atras.

ELENA. ¿Y aun extrañas mi inconstancia
cuando con ansia tenaz
amor y deber á un tiempo
luchando en el alma estan?...

LUISA. Vamos, aqui es necesario
echarla de autoridad,
ó si no vas á meterte
en algun berengenal.
Tú harás lo que yo te mande,

¿lo entiendes? y nada mas.

ESCENA VII.

DICHAS y LEON.

LEON. Señora, el huésped me ha dicho
que os queria saludar,
y vá á salir al momento.
ELENA. No, pues dile...
LUISA. Bien está.
(Leon se vá par el fondo.)

ESCENA VIII.

DICHAS menos LEON.

ELENA. Adios.
LUISA. ¿Y me dejas sola?...
ELENA. Yo no me siento capaz
de resistir su mirada
con calma y serenidad.
LUISA. Pero...
ELENA. Le hablas en mi nombre,
que yo le he olvidado ya.
LUISA. Oye.
ELENA. Escucharé escondida.
LUISA. ¿Pero no valdria mas?...
ELENA. Adios, no me comprometas.
(¿Por qué le he vuelto á encontrar?...)
(Se vá por la derecha primer término)

ESCENA IX.

LUISA, despues FELIX.

LUISA. Pues señor, no es muy brillante
el papel que voy á hacer;
esto es amar por poder.
¿Y qué remedio?... Adelante.
Ya sale; calma y prudencia.
FELIX. Valor, la fiebre me abrasa;

(Sale por la colateral izquierda.)
yo debo huir de esta casa
para evitar su presencia.

LUISA. Hola, señor oficial.

FELIX. Señorita, distraido
no reparé...

LUISA. ¿Habeis dormido?...

FELIX. Muy bien.

LUISA. (Falso.)

FELIX. ¿Y vos?...

LUISA. ¿Yo?... mal.

FELIX. ¿Si?...

LUISA. (Diez horas de un tiron.)

FELIX. Pues lo siento.

LUISA. No os dé pena.

FELIX. ¿Y el coronel? ..

LUISA. Salió.

FELIX. ¿Elena?...

LUISA. Aun está en su habitacion.

FELIX. (Temo y dudo.)

LUISA. (¿Y qué le digo?...)

FELIX. La aguardo.

LUISA. (Y no hallo un pretexto...)

FELIX. No quisiera ser molesto.

LUISA. Nunca molesta un amigo.

FELIX. Siempre de vos lo he de ser,
y es poco amigo.

LUISA. Es favor.
(Pues si ahora me hace el amor,
lo hemos echado á perder.)

FELIX. Pero desdichadamente
hoy mismo parto.

LUISA. ¿Os marchais?

FELIX. El deber...

LUISA. ¿Y adónde vais?...

FELIX. Salgo á explorar con mi gente.

LUISA. Es el caso que mi prima
pensaba hablaros.

FELIX. ¿Á mí?...
¿Pero ella os lo ha dicho?...

LUISA. Si.
(Ya está la tormenta encima.)

FELIX. (Sin duda pretenderá
disculparse; no he de oirla.)
Entonces podeis decirla
que lo siento...
LUISA. ¿Partis ya?...
Aun necesitais descanso.
FELIX. No es posible.
LUISA. Es que yo soy
la encargada, la que voy...
(á hablar por boca de ganso.)
FELIX. La molestia es excusada,
sé lo que vais á decir.
LUISA. (Pues si no me quiere oir
ya despaché mi embajada.)
Entonces no hay precision...
FELIX. (Mi estancia aqui es peligrosa.)
LUISA. (Pues salgo muy poco airosa;
fracaso en mi comision:
dirá Elena que es torpeza.)
FELIX. Si me dais vuestro permiso?...
LUISA. No señor. (Aqui es preciso
sacar fuerzas de flaqueza.)
Yo mi permiso no os doy,
oidme por caridad:
es un favor.
FELIX. Dispensad,
pronto á escucharos estoy.
LUISA. (Se lo diré de corrido.)
FELIX. (¡Qué insistencia!... ¡no comprendo!...)
LUISA. Tal vez estareis creyendo
que mi prima os dió al olvido,
y que teneis pruebas hartas
de su infame inconsecuencia,
que siendo infiel en la ausencia
no contestó á vuestras cartas,
y que os venció otro rival,
al que eligió por marido;
pues si tal habeis creido,
habeis creido muy mal;
porque su tio, ó su tia,
las cartas al fuego daba,
y ella no las contestaba

porque no las recibia.
Y Elena os juzgaba infiel
y fué su pesar profundo,
y al verse sola en el mundo
dió su mano al coronel.
Mas ya no puede escucharos
ni vos podeis deteneros,
y ella no debe quereros
y vos debeis retiraros.
Y yo os lo ruego tambien,
y de un susto no respondo,
y... basta.. y punto redondo.
(Esto es hablar pronto y bien.)

FELIX. ¿Es cierto?... no es ilusion,
repetídmelo.

LUISA. ¿Estais loco?...
como me ha costado poco.

FELIX. ¡Vá á estallar mi corazon!...
¿no fué en la ausencia inconstante?

LUISA. Pronto Herrera vá á volver.

FELIX. Luisa, yo la quiero ver,
hablarla solo un instante.

LUISA. Bien; pero yo no sé cuándo
podreis verla.

FELIX. Ahora.

LUISA. ¡Qué afan!

FELIX. La buscaré.

LUISA. (Ap. á él.) Capitan,
ved que nos está escuchando.

FELIX. ¡Ah! ¿si?...

LUISA. Prudencia por Dios:
ahí está.

FELIX. No temais nada.
Ya que sois su apoderada
solo á Elena miro en vos.
Y mis amantes protestas
repetirá el labio fiel.

LUISA. (Sigo haciendo un gran papel:
¡ay, prima, lo que me cuestas!)

FELIX. Si, Elena, os creí perjura,
falsa, traidora, inconstante,
y en mi frenesí de amante

maldije mi desventura.
Y en tan acerbo pesar
os juré aborrecimiento;
mas fué inútil juramento,
porque no os pude olvidar.
¡Si vierais la lucha fiera
que atormentaba mi vida!...
la razon decia «olvida,»
y amor contestaba «espera.»
Vuestro recuerdo tenaz
fijó en el alma su asiento,
y á la vez que mi tormento
era mi encanto y solaz.
Mas hoy mi temor desecho,
hoy mi amor el premio alcanza,
que al calor de la esperanza
se ha cobijado en mi pecho.
Mis cartas con ansia loca
ceniza hicieron, y en vano;
lo que trazaba la mano
sabrá repetir la boca.
Si, yo os amo; á mi pasion
ningun estorbo intimida,
que sois vida de mi vida
y alma de mi corazon.

LUISA. (Se entusiasma: ¡Dios me valga!)

FELIX. No he de olvidaros jamás.

LUISA. (Si esto dura un poco mas
le voy á decir que salga.)

(Aparece Herrera en la puerta del fondo y permanece escuchando en el umbral.)

FELIX. Y vos? confiado espero,
que no desoigais mi amor:
si tal haceis, por favor,
dadme la muerte primero.
Mas no os juzgo tan cruel.

LUISA. Yo... no. (Se mueve la puerta,
vá á salir.)

FELIX. Mi dicha es cierta.

LUISA. La explosion. ¡Ah!... (Al ver á Herrera.)

FELIX. El coronel.

ESCENA X.

DICHOS y HERRERA.

HER. Capitan, muy buenos dias:
con toda el alma celebro
que os halleis mas aliviado.
FELIX. Es cierto, mejor me encuentro.
LUISA. (Á que quien paga soy yo,
sin comerlo ni beberlo?
Por el pronto me retiro.)
Mandais algo? voy adentro.
HER. Dos muchachos preguntaban
por tí.
LUISA. Serán los dos huérfanos
que vienen todos los jueves
por el pan de reglamento.
Pobrecitos, me dan pena,
voy al punto á socorrerlos.
(Se vá por el fondo.)

ESCENA XI.

FELIX, HERRERA.

HÉR. Siento haber interrumpido
ese coloquio tan tierno.
FELIX. No... creed...
HER. Y mi sobrina
merece vuestros obsequios.
FELIX. (Juzga que Luisa es mi amada.)
HER. Aunque elogiarla no debo.
FELIX. Ciego por fuerza será
quien ponga en duda su mérito.
HER. Al fin conozco á la dama
que con su mágico imperio
os ha hechizado esta noche
turbando vuestros ensueños.
FELIX. Coronel, yo os aseguro...
HER. Nada culpable hay en ello.
Siempre el soldado español
fué bravo y galante á un tiempo.

FELIX. (Salir de aqui necesito,
de mí mismo me avergüenzo.)
HER. Nada, capitan. Desde hoy
pasion tan pura protejo.
FELIX. Gracias.
HER. Creedme, don Felix,
vuestro bien tan solo anhelo,
y veros feliz será
mi mas ardiente deseo.
Arreglad pronto la boda,
y mi esposa y yo seremos
los padrinos.
FELIX. Es el caso
que por ahora no pienso...
y juré, por un capricho,
vivir y morir soltero.
HER. ¿Qué decis?... ¿será posible?...
lo escucho y aun no lo creo;
que al dudar de vuestra honra
me parece que os ofendo.
Es imposible que á Luisa
ponderaseis vuestro afecto,
reclamando su cariño
con tan amoroso empeño;
por distraeros tan solo
ó por mero pasatiempo.
¿Para qué solicitarla,
si os negais al casamiento?...
Don Felix, ó es culpa mia,
ó por Dios que no os entiendo.
FELIX. (Que no sospeche.) No tal,
noble y honrado es mi intento,
que sé cómo ha de cumplir
amante que es caballero.
Quizá me he explicado mal;
y al hablar del juramento
os dije que era un capricho;
como tal, puedo romperlo.
HER. Teneis razon: dispensadme
si he pecado de indiscreto.
FELIX. Mas bien yo pequé de oscuro
y mi torpeza confieso.

HER. Yo hablaré á Luisa, y de fijo
hallará un dichoso término
vuestra amorosa pasion,
que es digna de noble premio.
FELIX. Permitid que me retire.
HER. ¿Os vais?
FELIZ. Presentarme quiero
á mis jefes.
HER. El servicio
es sagrado, no os detengo.
¿Y el teniente Carvajal,
vuestro amigo y compañero?...
FELIX. Ha salido. Coronel,
yo mi palabra os empeño
de unirme muy pronto á Luisa
si antes la vida no pierdo.
(Yo sabré encontrar la muerte.)
HER. Y yo su mano os ofrezco.
¿Nos honrareis á la mesa?...
FELIX. Sin falta.
HER. Pues hasta luego.
FELIX. (No volveré, y de esta casa
saldré sin remordimientos.)
(Se vá por el fondo.)

ESCENA XII.

HERRERA.

No sé qué vaga zozobra,
qué extraño presentimiento,
turbando está desde ayer
del corazon el sosiego.
Honra mia, ¿qué sospechas?
honor, ¿qué te trae inquieto?...
¿Habrá quien quiera robarme
la joya que mas aprecio?...
Me pagará con la vida
tan villano atrevimiento:
hay manchas que solamente
se sacan con el acero.

ESCENA XIII.

HERRERA y LEON.

LEON. Señor. (Por el fondo con un pliego en la mano.)
HER. ¿Qué ocurre?
LEON. Ay, Dios mio,
yo vengo muerto de miedo;
me han dicho que estan ya cerca:
el sacristan de San Pedro
los vió desde el campanario.
HER. ¿Qué traes ahí?...
LEON. Es un pliego,
ya lo olvidaba. (Se lo entrega.)
HER. ¿Qué miro?... (Lo abre y lee.)
del general, es su sello.
LEON. ¡Ay, Jesus! con estos sustos
me voy quedando en los huesos.
HER. (Me manda que al punto salga
mandando un destacamento
con direccion hácia Ayora
para explorar el terreno.
Fiel cumpliré sus mandatos.)
Leon, ensilla al momento
mi caballo, el alazan.
LEON. Bien.
HER. Y ponle los arreos
de campaña.
LEON. ¿Qué decis?...
HER. No repliques, y anda presto.
LEON. ¡Ay, señor del alma mia!...
por fuerza vais á exponeros...
HER. Avisa á mi esposa.
LEON. Voy.
HER. Y dila que aqui la espero.
LEON. Ay, Jesus, no me ha quedado
gota de sangre en el cuerpo.
(Se vá por la colateral derecha.)

ESCENA XIV.

HERRERA y CARLOS.

CARLOS. (Por el fondo.) (¡Qué gracia, qué chiste aquel!
me caso; estoy decidido,
nada, hoy mismo se la pido
por esposa al coronel.
¡Él es, soberbia ocasion!...)
HER. (¡Partir en estos momentos!
¡que encontrados sentimientos
agitan mi corazon!...)
CARLOS. (Qué meditabundo está.)
HER. (Marchar el deber me ordena:
¿pero asi abandono á Elena?...
y si acaso ese hombre... ¡Ah!...)
(Viendo á Cárlos.)
CARLOS. Coronel, muy buenos dias.
HER. Felices, señor teniente.
CARLOS. (Nada; valor y de frente.)
HER. (Aguardad, sospechas mias.)
LEON. Señor, que sale al instante.
HER. Está bien. (Leon se vá por el fondo.)

ESCENA XV.

DICHOS menos LEON, despues ELENA.

CARLOS. ¿Y Luisa?
HER. Buena.
(No pregunta por Elena,
disimula.)
CARLOS. (Ea, adelante.)
HER. Supongo habreis encontrado
á vuestro amigo al venir.
CARLOS. ¿Yo?... no.
HER. Acaba de salir.
CARLOS. Iria por otro lado.
(Cuanto antes será mejor.)
Coronel, yo soy muy franco,
ó herrar ó quitar el banco,

me vais hacer un favor.

ELENA. ¿Me llamabas?... (Por la colateral derecha.)

HER. Si.

CARLOS. Señora... (Saludando.)

HER. Voy á salir al momento
mandando un destacamento
con direccion hácia Ayora:
es órden del general.

ELENA. ¿Cómo, y te vas á exponer?...

HER. Cumpliré con mi deber.
¿Lo sabiais, Carvajal?

CARLOS. ¿Yo?... nada. (Felix lo ignora.)

ELENA. (Quedo sola y sin amparo.)

HER. (Se turban.)

CARLOS. (Tengo reparo
en pedirle á Luisa ahora.)

HER. Y al fin, ¿cuál es el favor
que ibais á pedirme?

CARLOS. Ya
pensé otra cosa.

ELENA. Quizá
yo estorbo...

CARLOS. ¡Oh! no... (¡Qué temor!)
Lo diré aunque esteis deprisa,
y vuestro perdon reclamo.
Pues bien, coronel, yo amo
á vuestra sobrina Luisa.

HER. ¿Á Luisa?....

ELENA. (¡Oh fatalidad!)

CARLOS. De gracia y virtud dechado,
el alma me ha cautivado
y perdí mi libertad.
Tal vez os cause extrañeza
este amor tan de repente;
pero yo soy muy vehemente,
cuestion de naturaleza,
y ahora la vida no es larga,
y á lo mejor vá uno á tierra:
por eso en tiempo de guerra
todo vá á paso de carga.
Solo os pido proteccion
para andar pronto el camino,

y si soy vuestro sobrino
que apadrineis esta union.
(Creo que he estado elocuente.)

HER. (Finge otro amor, lo comprendo.)

ELENA. (¡Gran Dios, lo que estoy sufriendo!)

HER. Hay un leve inconveniente:
llegais tarde, Carvajal.

CARLOS. ¿Cómo?...

HER. Y lo siento.

CARLOS. Señora,
sed tambien mi intercesora.

ELENA. ¡Oh, si!

HER. Teneis un rival.

CARLOS. Pues lucharé hasta vencer.

HER. Y quizá lucheis en vano;
es vuestro amigo y hermano.

CARLOS. ¿Felix?

HER. Si.

CARLOS. No puede ser.

HER. Aqui en plática amorosa
há poco á los dos hallé,
y él en premio de su fé
me la pidió por su esposa.
Es modelo de constancia.

ELENA. Luisa misma me lo ha dicho.

CARLOS. (Me quedé frio.) Es capricho.
Perdonad si en mi ignorancia...
(Pero es una picardia,
y hasta una mala pasada;
como la suya es casada
se consuela con la mia.)

HER. Del todo no os desahuciamos;
hablad con ella.

CARLOS. No insisto.
(Y la niña, por lo visto,
no es voluble que digamos.)

ESCENA XVI.

DICHOS y LUISA.

HER. ¡Eh!... ¿quién rie? (Oyendo reir dentro á Luisa.)

ELENA. Será Luisa.
CARLOS. (Mientras yo rabio: ¡ah coqueta!)
LUISA. Magnífica voltereta. (Saliendo por el fondo.)
ELENA. Niña, ¿á qué viene esa risa?
HER. ¿Qué te alegra de ese modo?
LUISA. Nada, Leon. (¡Ah! el teniente.)
(Cárlos le vuelve la espalda.)
CARLOS. (¡Qué infame! ¡qué inconsecuente!...
y es guapa despues de todo.)
LUISA. Á Leon le dió la gana
de montar; pues... y ha rodado.
CARLOS. (Lo que es Felix me ha jugado
una partida serrana.)
HER. Podeis preguntarla ahora.
CARLOS. ¿Para qué?... estoy convencido.
ELENA. Luisa.
LUISA. ¿Qué hay?
ELENA. Mi marido
juzga que Felix te adora.
LUISA. (Esto lleva malas trazas.)
HER. Lo oireis vos mismo.
CARLOS. ¡Qué afan!
Ya que os empeñais, serán
solemnes las calabazas.
ELENA. Si sabe...
LUISA. (Malo lo veo,
solo pensarlo me asusta;
pero el teniente me gusta
y me duele hacerle un feo.)
HER. ¿Luisa?
LUISA. Señor.
HER. Dos galanes
en su inquietud amorosa
te piden el sí de esposa
en premio de sus afanes.
Son Mendoza y Carvajal,
y á tí decidir te toca:
pronuncie el fallo tu boca;
¿á cuál eliges?
LUISA. ¿Á cuál?...
CARLOS. (Renuncio á tan buena alhaja.)
LUISA. Yo...

CARLOS. Lo sé sin que conteste:
nada, que no se moleste,
que yo me he dado de baja.
HER. ¿El preferido quién es?
LUISA. Carvajal.
CARLOS. ¿Yo?...
ELENA. (Ap. á Luisa.) ¡Por piedad!
CARLOS. ¡Oh inmensa felicidad!
miradme aqui á vuestros pies.
HER. ¿Qué escucho?... ¿otro nuevo amor?...
ELENA. Todo lo vá á descubrir.
LUISA. No... si... yo... quise decir...
no acabé...
CARLOS. ¿No?... esto es peor.
LUISA. Decia que Carvajal
al principio me agradó;
mas luego Felix me habló.
CARLOS. Y me hundí y punto final.
HER. (Se amaban.)
CARLOS. No hay mas que hablar,
estoy convicto y confeso.
LUISA. Pero no os marcheis por eso,
porque aun se puede arreglar.
CARLOS. Si estorbo...
LUISA. ¿Que tal penseis?...
os quiero como á un amigo.
ELENA. Quedaos.
HER. Yo nada os digo.
CARLOS. Me quedo, no os enojeis.

ESCENA XVII.

DICHOS y LEON por el fondo.

LEON. Señor, ya el potro está listo.
HER. Pues al punto partire.
ELENA. Pero por Dios no te expongas.
HER. Nada tienes que temer
voy á explorar solamente.
LUISA. No me mira, toseré.
CARLOS. Esa ingrata, ¿ah?... ¿me hace señas?...
dice que no, está muy bien.

HER. Necesito unos papeles,
voy yo mismo; hasta despues.
(¡Me está matando la duda,
qué torcedor tan cruel!...)
(Se vá por la derecha seguido de Leon.)

ESCENA XVIII.

DICHOS menos HERRERA, á poco FELIX.

LUISA. Pues señor, yo canto ahora;
¡mi teniente, el caso es!...
(Se dirige hácia Cárlos.)
ELENA. Yo se lo diré, descuida.
CARLOS. Señora, no os molesteis.
ELENA. Vais á saber lo que pasa.
FELIX. Aqui estan. (Por el fondo.)
LUISA. (Don Felix.)
ELENA. (Él.)
CARLOS. Ya sé que me has desbancado,
yo te doy mi parabien.
Me la jugaste de puño.
FELIX. ¿Ha marchado el coronel?...
LUISA. Aun no, se está disponiendo.
FELIX. Yo en su lugar partiré.
Supe que á explorar salia,
vi al general, y despues
de una corta conferencia
su vénia al cabo logré.
ELENA. (Huye de mí.) Os agradezco
tan señalada merced.
FELIX. El coronel es mi amigo,
y cumplo con un deber.
(Se colocan Felix á la derecha de Luisa y Cárlos á la izquierda de Elena.)
LUISA. Capitan, por Dios oidme.
El caso es grave.
FELIX. Hablad pues.
CARLOS. ¡Mirad á Felix qué tierno!...
Nada, me dejan á pié.
ELENA. Luisa os ama.
CARLOS. ¿Si?...

Escuchadme.

ELENA. ne juzga infiel.

LUISA. Por eso licaré este enredo.

FELIX. Yo le exp salvaros fué?...

CARLOS. ¿Solo poiLuisa no ama á Felix?...
¿Conque loco de placer;
yo estoy dan de abrazarla.
ganas me.

ELENA. Prudencia Me contendré.

CARLOS. s?

LUISA. ¿Y os vai Á buscar la muerte;

FELIX. ra prima direis,
y á vuestnhelo su dicha,
que solo ala moriré.
y amándo

ESCENA XIX.

I

CHOS y HERRERA.

DI

llí y yo me alejo.

HER. (Los dos a¿qué debo hacer?)
Dios mio, renace mas vivo.)

CARLOS. (Mi amor

ELENA. (Herrera.) ¿Estorbo tal vez?...

HER. (Á Luisa.)

LUISA. No. o sabes?...

ELENA. ¿Tú n ¿Qué pasa?...

HER. tirás...

ELENA. Ya no part ¿Por qué?

HER. vá en lugar tuyo.

ELENA. Don Felix edido.

LUISA. Él lo ha p Asi es.

CARLOS. rraros las fatigas

FELIX. Quise ahorcha.
de una ma ¿Me creeis

HER. ..
inútil ya?. No por cierto.

FELIX. bruma la vejez?

HER. ¿Que me atiene fuerza el brazo
pues aun ardimiento y fé
y el alma ader su honra
para defende su rey.
y la causa

ELENA. (¡Oh!...)
FELIX. Perdonad, no he querido...
CARLOS. (Es templado el coronel.)
HER. La intencion os agradezco;
dadme esa mano.
FELIX. Acceded.
CARLOS. (Si pudiera hablar á Luisa...)
(Dirigiéndose por detrás hácia donde está Luisa.)
ELENA. Ya que resuelto le ves,
acepta.
HER. Pero, don Felix,
siento vuestra mano arder,
horrible fiebre es devora.
FELIX. Estoy bien.
HER. No lo negueis.
Y pensabais ir de marcha,
seria una insensatez;
nada, quedais aqui preso,
que yo pronto volveré.
Elena, que nada falte
al capitan.
ELENA. Está bien.
Y no tardes mucho.
HER. Es cosa
de unos dos dias ó tres.
LUISA. (Á Cárlos.) Hablaremos por la reja.
(Retirándose hácia el fondo.)
CARLOS. Estaré al anochecer.
HER. Dios os guarde.
FELIX. Arde mi frente.
HER. Adios.
ELENA. Te acompañaré.
HER. (Á Cárlos.) ¿Os quedais?...
CARLOS. No; tambien parto.
Vendré á verte: hasta despues. (Á Luisa.)
Luisa...
FELIX. Me ahogo. (Entrando en el balcon. Herrera y Elena se van por el foro.)

ESCENA XX.

LUISA y CÁRLOS.

LUISA. (Con imperio.) Teniente,
que hoy os toca de reten
junto á mi reja.
CARLOS. ¡Qué dicha!...
LUISA. Cuidado no os retraseis.
CARLOS. Señora jefa, á la órden;
descuidad, no faltaré. (Váse por el foro.)

ESCENA XXI.

LUISA.

De reten, si; aunque su afan
es sincero, en nada falto,
que si vá á dar el asalto
lo dé con el capellan.
Aqui no hay que amilanarse
y es preciso resistir;
justo, á vencer ó á morir...
no, no: á vencer y á casarse.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala. Puerta en el fondo: colaterales á la derecha y á la izquierda; la del segundo término mas pequeña figurando una puerta de escape. Balcon en primer término.

ESCENA PRIMERA.

LEON, con un papel impreso en la mano.

¡Es mucho! por mas que hago
no acierto á leer... Si soy
lo mas... «Bolo... Boletin.»
Si... «Boletin... extraor.»
¡Ay! qué palabra tan larga:
á otra mas corta, ó si no,
ni en dos horas he acabado.
«Del... ejercicio... español.»
¿Que habrá ejercicio? No: «ejército.
Sol... sol... sol.» Ya se marchó,
por eso no leo gota.
Lo guardaré; es lo mejor.

ESCENA II.

DICHO, LUISA y ELENA por el foro.

LUISA. Ya estamos de vuelta en casa.

LEON. ¡Ah, las señoras!
LUISA. Leon,
¿qué hacias aqui?
LEON. Leyendo.
LUISA. Trae luces.
LEON. Al punto voy. (Váse.)
ELENA. Mucho ha durado la fiesta.
LUISA. Larga ha sido la funcion.
¡Y qué pulmones tenia
el padre predicador!
ELENA. ¿No te ha gustado?
LUISA. Á mí mucho.
Hace muy bien la mision,
y solo me ha parecido
que alza ya tanto la voz...
Eso, como tú conoces,
es turbar la devocion
de los que cierran los ojos
para encomendarse á Dios.
Lo que me dijo una vieja,
que al rosario se durmió
y se despertó asustada
al principiar el sermon:
«¡Ay, señora, qué alboroto!
¡Jesus, lo que grita hoy!»
«No deja dormir á nadie:»
le contesté, «eso es atroz.»
ELENA. Conseguirás que me ria.
LUISA. Pues no es otra mi intencion:
es fuerza que te distraigas,
ó vas á enfermar si no.
Francamente, no hay motivo
para tanta agitacion.
ELENA. Si vieras, Luisa, me asalta
no sé qué extraño temor.
LUISA. En casa está el enemigo,
en eso tienes razon;
pero el capitan don Felix
es todo un hombre de pro
y respondo de él.
ELENA. No he dicho...
LUISA. Y de Cárlos, de los dos.

¿Y Carvajal, no te gusta?
el pobre es tan bonachon...
Se ha visto en mas compromisos...
Caro le cuesta mi amor.
Esta noche vendrá á hablarme.

ELENA. ¿Cómo... subirá?

LUISA. Eso no;
yo me asomaré á la reja
que está bajo ese balcon.

ELENA. ¿Y vas á dejarme sola?

LUISA. Pronta á obedecerte estoy
si quieres que te acompañe.

ELENA. Te lo ruego por favor.

LUISA. Bien, no insistas.

ELENA. ¡Luisa mia!

LUISA. Pues ya la cita tronó.

ELENA. ¿Y por qué? le hablas un rato
y sales.

LUISA. Bueno, pues voy
á ver si aguarda en la calle:
ya es noche; conque valor;
mientras Herrera esté ausente
yo mi palabra te doy
de que encontraré algun medio
de dar fin á esta cuestion.
Mira, hasta aqui entra la luna:
está en todo su esplendor;
y hay nubes, si se nublara
mejor seria.

ELENA. Ya estoy.
(Llaman á la colateral derecha segundo término.)
¿Llaman?

LUISA. ¿Quién es?

LEON. (Dentro.) ¿Hay permiso?

LUISA. Pasa adelante. Es Leon.

ESCENA III.

DICHAS, LEON con luces.

ELENA. ¿Qué hay?

LEON. Traigo luz.

DUISA. Ya es hora.
LEON. Buenas noches nos dé Dios.
LUISA. Muy buenas. Y los austriacos,
¿nos degüellan? ¿Sí, ó no?
LEON. Ya estan encima.
ELENA. ¿Eso es cierto?
LEON. Me lo ha dicho el herrador.
LUISA. ¿El herrador? pues entonces
no hay que extrañar si la erró.
¿Y el capitan?
LEON. ¿Quién? ¿don Felix?
no debe seguir peor.
LUISA. ¿Estabas ahora á su lado?
LEON. Ahora no.
LUISA. Es tu obligacion.
LEON. Hace ya un rato... ha salido...
(No hallo otra excusa mejor.)
LUISA. (Á Elena.) ¿Á que no vuelve?
LENA. Tú crees...
LUISA. Comprende su situacion
y se aleja.
ELENA. Dios lo quiera.
LUISA. Ya tu zozobra acabó.
Hasta luego.
ELENA. Adios, no tardes.
LUISA. Sígueme tú, valenton.
Flanco derecho y en marcha.
Pero, alto.
ELENA. ¡Qué buen humor!
LUISA. Hoy no has regado las flores.
LEON. No.
LEON. Y á mí se me olvidó.
Pues entonces á la huerta,
saldremos por el porton.
Flanco izquierdo; no, á este lado,
marchen y oido al tambor.
LEON. ¡Qué diablillo! esta muchacha
tiene mas de hombre que yo.
(Vánse por la izquierda segundo término.)

ESCENA IV.

ELENA.

Feliz ella que tranquila
ve siempre risueño el sol,
y el cielo de su ventura
nunca el dolor anubló.
Feliz ella que al abrigo
de su inocente candor,
no sufre la horrenda lucha
del deber y la pasion.
Mas yo venceré; desde ahora
todo al olvido lo doy,
y en Luisa hallaré remedio
para calmar mi afliccion.
Quizá esté ya platicando
con su rendido amador;
si yo pudiera enterarme
de lo que tratan los dos...
eso me distraeria...
está muy bajo el balcon,
y la luna se ha nublado:
no pueden verme, allá voy.
(Éntrase en el balcon.)

ESCENA V.

FELIX y ELENA en el balcon.

FELIX. (Entrando por el fondo.)
Ya encontré su habitacion;
he de hablarla, es necesario;
si mi intento es temerario
discúlpelo la pasion.
Y pues me robó la suerte
tan envidiado tesoro,
quiero decirla: «te adoro,
y te amaré hasta la muerte.»
No está, es extraño; ¡ah! ese ruido
en el balcon; oh, si, es ella;

ya sale. (Se retira á un lado.)

ELENA. Á hablar con su bella
aun el galan no ha venido.
Luisa se hallará impaciente
aguardándole á la reja;
Dios sus amores proteja
y su ventura acreciente.
Voy á mi estancia á rezar,
ya siento mi pecho en calma,
y en la oracion busca el alma
lenitivo á su pesar.
Ya Felix ha muerto.

FELIX. ¡Elena!

ELENA. ¡Ah!! (Grito de sorpresa.)

FELIX. Soy yo. Perdon, señora.

ELENA. ¡Vos en mi cuarto, á esta hora!

FELIX. Calmaos.

ELENA. Todo os condena;
capitan, salid de aqui.

FELIX. Noble y honrado es mi intento,
oidme solo un momento,
tened compasion de mí.

ELENA. Ved que en ello vá mi honor.

FELIX. Mas antes hablaros quiero,
y dar el adios postrero
al encanto de mi amor.
Si, no juzgueis que ofendido
cuando inconstante os creí
mi amoroso frenesí
troqué en desden y en olvido.
Como el pájaro enjaulado,
que ya libertad no quiere,
y gozoso vive y muere
en su jaula aprisionado;
asi yo, que preso apenas
en la red de esa hermosura
ya no anhelé mas ventura
y bendije mis cadenas,
cuando de infiel os culpé
mis prisiones no rompí,
tan feliz esclavo fuí,
que esclavo morir juré.

Por eso, olvidando agravios,
siempre estan en lazo estrecho,
vuestra imágen en mi pecho
y vuestro nombre en mis labios.

ELENA. No prosigais por piedad;
idos, si alguno os oyera...

FELIX. Que vengan; al mismo Herrera,
sabré decir la verdad.
«Elena y yo nos amamos,
la traicion nos separó,
mas la inocencia triunfó,
y hoy nuestro amor estrechamos.»
Y no me arredra esa union
que os esclaviza á un anciano,
disteis á Herrera la mano,
pero nunca el corazon;
ese es mio, y lo reclamo
á la faz del mundo entero.

ELENA. (Loco está.)

FELIX. Morir primero
que perder el bien que amo.
Y vos no sereis perjura,
recordad los juramentos
que hicisteis en los momentos
de pasion y de ternura.

ELENA. Yo os lo ruego, ¡idos por Dios!

FELIX. Habeis podido olvidar
cuando á la orilla del mar
nos sentabamos los dos,
y con ávido interés
platicabamos á solas
al murmullo de las olas
que besaban nuestros pies?

ELENA. Lo recuerdo.

FELIX. Allí en la arena
escribiamos los dos,
el nombre de Felix vos,
y yo el nombre de mi Elena.
Á veces con rapidez,
mas las olas avanzaban,
y nuestros nombres borraban
al retirarse otra vez.

«Asi en vuestra historia de hombre,
—me deciais con frecuencia,—
»borrará el tiempo ó la ausencia
»de vuestro pecho mi nombre.»
Yo entonces ¿qué os respondia?
Elena otra vez trazaba;
si cien veces se borraba
cien veces lo repetia.

ELENA. Recordais que en el jardin
siempre os regalaba flores,
que eran de nuestros amores
mudo lenguaje sin fin;
y al ver marchita una flor
deciais con honda pena:
¿morirá tan pronto, Elena,
vuestro ponderado amor?
Yo entonces ¿qué os respondia?
Flores mas lindas buscaba:
si una flor se marchitaba
otra al punto entretejia.

FELIX. Horas sin duelo ni afan
y de purísimos goces.

ELENA. Horas que huyeron veloces
y que nunca volverán.

FELIX. ¿Por qué no? en este momento
no envidio el tiempo pasado;
estoy aqui á vuestro lado,
oigo vuestro dulce acento,
y se aviva mi pasion
en la lumbre de esos ojos,
que me miran sin enojos
y me anuncian el perdon.

ELENA. ¡Oh, no! (Á comprender no acierto:
si tal vez habrá creido...)
No, Felix, tengo un marido
y ya para vos he muerto.
Imprudente por demas
os escuché y me arrepiento;
abandonad mi aposento
y no volvais á él jamás.

FELIX. ¿Qué me importa vuestro estado?
yo os amo y amor me ciega.

ELENA. Olvidadme. ¡Ah! gente llega.
(Bien, corazon, has triunfado.)
(Váse por la derecha primer término.)

ESCENA VI.

FELIX.

Nada se oye; huye de mí:
su amor al mio responde,
y aunque en el pecho le esconde
yo al labio subir le ví.
No debo retroceder,
harto sufrí lejos de ella,
y pues lo quiere mi estrella
yo venceré á esa mujer.
(Rumor en la calle.)
¡Qué rumor! ¡es singular!
(Dirigiéndose al balcon.)
si oir pudiera... es extraño...
hablan alto... no me engaño,
vamos al alba á marchar.
Si, eso dicen, ¡suerte impia!
asi el general lo ordena.
Y he de abandonar á Elena,
al iman del alma mia?
La batalla á darse vá,
y la lucha será horrible;
partir sin verla, ¡imposible!
mis ojos la buscan ya.
Quiero que me dé valor
si allí sucumbir me toca;
quiero escuchar de su boca
una palabra de amor.
Mas ahora es imprudencia...
si la avisara... ¡oh! ¡un papel!
al punto: Leon es fiel...
¡Esto es pasion ó demencia!
(Se vá por el foro.)

ESCENA VII.

HERRERA.

(Entrando por la colateral izquierda segundo término.)
Nadie me ha visto; á favor
de la oscuridad que reina
entré, torciendo la calle,
por el porton de la huerta.
Abierto estaba y me extraña:
pero Elena no me espera,
y darla solo pretendo
una agradable sorpresa.
¿Mas por qué con tal sigilo
como el espia que cela,
asi en mi casa penetro
de zozobra el alma llena?
¿Por qué al regresar á Almansa
á dar á Bervik la nueva
de que se halla el enemigo
á distancia de una legua,
he dejado mi caballo
lejos de aqui, qué me inquieta?
¿Qué temo? ¿por qué me agito
entre sospechas quiméricas?
Celos son; en vano trato
de reprimir su violencia:
celos tengo de mi honra,
miedo tengo de mi afrenta.
Mas todo se halla en silencio,
tal vez infundados sean,
nada mi temor confirma
y al dudar ofendo á Elena.
Dentro estará; ¿por qué tardo
en volar á sorprenderla?
Voy. (Llaman á la colateral derecha.)
¡Eh! llaman; ¿quién será?
Luisa tal vez; ¿quién sino ella?

ESCENA VIII.

DICHO, LEON y á poco LUISA.

LEON. Pues señor, me cuelo dentro,
no está cuando no contesta.
HER. Leon.
LEON. ¡Ah! ¡favor, socorro!
HER. ¡Silencio!
LEON. Es una alma en pena.
Pater noster, mea culpa.
HER. ¿Qué haces?
LEON. *Requiem eternam.*
Dominus vobiscum.
HER. Alza,
y basta de impertinencias.
¿No conoces ya á tu amo?
LEON. Pero si el amo está fuera.
LUISA. (Entrando por el fondo.)
Oí gritar... ¡Ah!
HER. Ya he vuelto.
LEON. Entonces él es de veras.
Traigo un papel.
HER. ¿Para quién?
LEON. Para la señora.
HER. Venga. (Cogiéndolo.)
LUISA. (¿Será de él?)
LEON. (Yo estoy en babia;
no debí darle la esquela.)
HER. (Mis celos renacen.) Vete.
(Leon al irse vé á Luisa que le hace señas para que calle.)
LEON. ¡Ay!
LUISA. Calla y no te detengas.
HER. ¿Qué tardo?
LEON. Con tanto susto
me vá á volver la epilepsia.
(Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

LUISA, HERRERA.

HER. (Leyendo.) «No bien apunte el dia saldremos »al campo á hacer frente al enemigo. Tengo »el presentimiento de que voy á morir, »y aun cuando me habeis prohibido que »vuelva á presentarme ante vos, espero »que no seais tan cruel que negueis á »quien vá á dejar la vida una entrevista en »que nada aventurais. Si dentro de una ho- »ra aparece una luz en el balcon de vuestra »estancia, entrará á arrojarse á vuestros pies »el que nunca cesó de amaros y pronuncia- »rá vuestro nombre al exhalar su último »suspiro.»

LUISA. ¡Oh!

HER. ¿Quién?

LUISA. ¡Perdon!

HER. ¡Luisa aqui!
¿Oiste?

LUISA. ¡Perdon, Herrera!
Mas no temais, nada sé,
y muda estará mi lengua.
¿Volveis quizá enfermo?

HER. No.
Ciertas eran mis sospechas.
Y no firma, ¿á qué? bien claro
Carvajal dicen sus letras.

LUISA. (¡Juzga que es Cárlos, Dios mio!
y ahora le dejé en la reja:
si le vé ..)

HER. Poco es su vida
para vengar tal afrenta.

LUISA. Pero Elena es inocente.

HER. ¡Su audacia alentó la pérfida!

LUISA. Ese papel lo declara.

HER. (Conviene calma y prudencia.)

LUISA. Le avisaré y ella misma...

HER. No hagas tal.

LUISA. (Su voz me aterra.)
HER. Retírate.
LUISA. ¿Yo? (No debo
dejarla sola, indefensa.)
Estais inquieto, agitado,
y sería una imprudencia
abandonaros ahora.
HER. Tranquilo estoy: nada temas.
LUISA. ¡Oh! no, vuestras manos arden,
vuestros ojos centellean,
y adivino en esta estancia
no sé qué terrible escena.
HER. ¿Y qué ha de pasar? un hombre,
aprovechando mi ausencia,
penetrará en ese cuarto.
LUISA. Mas si ella no hace la seña...
HER. Yo sabré obligarla; oculto
oiré sus amantes quejas,
luego saldré y... nada mas.
LUISA. Comprendo. (Su muerte es cierta.)
HER. ¡Vete! (Quizá ese villano
aguarde ya.) (Dirigiéndose hácia el balcon.)
LUISA. (Yo estoy quieta.)
HER. ¿No has oido?
LUISA. Permitidme
que una vez no os obedezca.
Yo no mo muevo de aqui,
suceda lo que suceda.
(Hay que buscar algun medio
de conjurar la tormenta.)
HER. ¡Qué obstinacion!
LUIEA. ¡Por piedad!
dad á vuestro enojo tregua;
ved que Elena nada sabe,
y puede que él se arrepienta.
HER. Mírale, allí está. (Señalando á la calle.)
LUISA. (¡Dios mio!
Cárlos!)
HER. La señal espera.
LUISA. (¡Ay, qué apuro, Vírgen santa!)
HER. Le devora la impaciencia.
LUISA. (¡Pero quién le habrá mandado

estar ahí de centinela!)
Quizá os engañeis. (¿Qué hacer?)

HER. Yo por si á entrar no se arriesga,
debo bajar á buscarle.

LUISA. Eso no. (Dios nos proteja.)

HER. ¡Quita!

LUISA. (Me le vá á matar.)
Ved que la colera os ciega,
y que vais con el escándalo
á hacer pública la ofensa.

HER. Es verdad, aguardaré.

LUISA. (Ahora la tormenta arrecia.)

HER. Tienes razon, aqui mismo
cobrará el honor su deuda.

LUISA. (¿Le descubriré que es Felix?
asi nada se remedia.)

HER. Es necesario que suba.

LUISA. (¡Oh! si, ¡magnífica idea!)
Oidme, señor; tal vez
al escribir esa esquela
cedió Cárlos á un momento
de irreflexion ó demencia.
Y si ahora á sus oidos
llegase la voz severa
de la razon, condenando
tan desleales empresas,
conoceria su yerro,
y al mirarse en su conciencia,
de sí mismo arrepentido,
quizá tuviera vergüenza.

HER. Puede ser... mas no comprendo.

LUISA. Será en mí presuncion necia;
mas si yo pudiera hablarle
le convertia de veras.
Y ahora mismo voy á hacerlo;
le digo que suba, él entra,
me halla sola, entonces yo
le predico en toda regla.
Me asombro de su conducta,
que de su honor cede en mengua;
le recuerdo los deberes
del que de noble se aprecia.

Insto, ruego, pido, mando,
él vacila, duda, tiembla,
le convenzo, él se arrepiente;
yo me quedo y él se aleja.

HER. ¡Ilusiones!

LUISA. Vos oculto
podreis presenciar la escena,
para él os hallais ausente.

HER. Bien, mas...

LUISA. Hagamos la prueba.
(No sé en lo que me he metido.)
Nos lo manda hasta la Iglesia:
¿no es evitar el pecado
obra de bien manifiesta?
¿Accedeis? Oh, descuidad,
yo estaré fuerte y enérgica.
(Para evitar un percance
encerraremos á Elena.)
(Cierra con llave la puerta de su habitacion.)

HER. Pero escucha.

LUISA. Ahora le aviso.

HER. (¡Qué singular ocurrencia!)

LUISA. (¡Y el pobre que nada sabe
vá á estar con la boca abierta.)

HER. (Mas yo consentir no debo...)

LUISA. Subid.

HER. Oye, en vano intentas...

LUISA. Por el balcon se encarama;
entrad pronto en esta pieza.
Os lo ruego.

HER. Bien, accedo.
Mas ¡ay de él si te desprecia!

LUISA. Pues, señor, ya no hay escape,
salga el sol por Antequera.

ESCENA X.

LUISA y CARLOS. HERRERA escondido en la colateral derecha.

CARLOS. Me ha dicho que suba y subo,
(Subiendo por el balcon.)
y á esta estancia me trasporto

por el camino mas corto,
que harto de planton me tuvo;
y aunque es un poco molesto...

LUISA. ¿Quién? (Fingiendo sorpresa.)

CARLOS. ¡Ah!

LUISA. ¡Un hombre!

CARLOS. ¡Luisa!

LUISA. ¡Atrás!
Carvajal, no avanceis mas;
por vuestro honor idos presto.

CARLOS. (Entonces ¿á qué he subido?
¿para volver á bajar?)

LUISA. ¿Y habeis podido olvidar
que sois noble y bien nacido?

CARLOS. Hablemos claro, ó si no...

LUISA. Sé á lo que venis aqui.

CARLOS. ¿Lo sabeis de cierto?

LUISA. Si.

CARLOS. (Pues ya sabe mas que yo.)

LUISA. Y harto os debe sorprender
verme sola.

CARLOS. No lo siento.

LUISA. Vos subis á este aposento
en busca de otra mujer.
¡Negadlo! (No negueis nada.)

CARLOS. ¿Eh?

LUISA. Negadlo.

CARLOS. No, no niego.

LUISA. ¿Creisteis que á vuestro ruego
cederia siendo honrada?
Fuera un crímen, un delito,
y ella á sus deberes fiel
rompió el papel.

CARLOS. ¿Qué papel?

LUISA. Negad que le habeis escrito.

CARLOS. Yo... no... (¡Qué tramoya es esta!)

LUISA. Comprendo esa turbacion:
á la voz de la razon
vuestra conciencia contesta,
y no extraño que ya os pese
lo que la mano escribió.

CARLOS. (Pero qué habré escrito yo

y qué papel será ese?)
Yo no sé si hablais en serio,
mas francamente, no hallo...

LUISA. Ni una palabra.

CARLOS. Ya callo.
(Aqui por fuerza hay misterio.)

LUISA. ¿Y asi asaltais el hogar
donde de virtud ejemplo
tiene la familia un templo,
tiene el amor un altar?...
donde el hombre y la mujer
unidos con lazo fuerte
confunden hasta la muerte
su voluntad y su ser.
Sagrada esta union se llama,
y son en su dicha inmensa,
él la cabeza que piensa,
ella el corazon que ama.
Si cedro arrogante es él
que alza su copa hasta el cielo,
y abrigo y sombra dá al suelo
bajo su verde dosel,
avarienta por demas
humilde yedra es la esposa,
que el tronco ciñe amorosa
para resguardarle mas.
¿Y quién con vil intencion,
quién como traidor aleve,
á sangre fria se atreve
á romper tan santa union,
y asalta el tranquilo hogar,
y á sí mismo se deshonra?
Cómo ha de estimar su honra
quien la ajena vá á robar?
Olvidad á la que un dia
amasteis libre y soltera,
hoy es esposa de Herrera,
que en su Elena se extasia.
No turbeis la dicha ajena,
id de otros goces en pos,
y ved que os lo manda Dios
y vuestro honor os lo ordena.

Y asi direis sin rubor,
soy noble y soy caballero.
(Que venga aqui un misionero
á ver si lo hace mejor.)

CARLOS. (Yo estoy en el Limbo.)

LUISA. Al punto
debeis partir. (Los instantes
son preciosos.)

CARLOS. Pero antes
perdonadme si os pregunto...

LUISA. Nada os he de responder.

CARLOS. Ya que me juzgais culpable...

LUISA. (Es que si le dejo que hable
todo me lo echa á perder.)
Y aun estareis vacilante
sin confesar vuestro error?

CARLOS. (Me hace señas; pues, señor,
pecho al agua y adelante.)
No, conozco que obré mal,
que fué un vértigo, un capricho,
soy todo lo que habeis dicho,
un traidor, un criminal.
Me arrepiento de este paso
y mis proyectos desecho,
y en fin, no sé lo que he hecho...
(y esta es la verdad del caso.)

LUISA. Que el cielo su amparo os dé
y nunca volvais aqui.

CARLOS. Saldré por donde subí.

LUISA. (Por la reja os hablaré.)

CARLOS. (¿Si? pues pronto estoy abajo.)
(Falsa salida por el balcon.)

LUISA. (Á Felix haré avisar.
¿Se irá el plan á malograr
despues de tanto trabajo?) (Se vá por el fondo.)

ESCENA XI.

CARLOS, HERRERA.

CARLOS. ¿Pues no ha salido la luna?
Ahora no puedo bajar:

si por un ladron me toman
ya no me faltaba mas;
y oigo gente... nada, aguardo
á que acabe de pasar.
¿Pero, Luisa, con qué objeto
me habrá hecho subir acá?
¡vaya un sermon que me ha echado!
¡qué fraile tan celestial!
Mas pronto saldré de dudas;
ya tengo curiosidad.
Ea, de un brinco á la calle.

HER. ¡Deteneos, Carvajal!

CARLOS. (¡Él aqui!)

HER. Al que se arrepiente
se le debe perdonar,
si por el balcon entrasteis
como malhechor audaz,
salid por la puerta ahora,
que sois honrado y leal.

CARLOS. (Aqui anda Felix, por fuerza.)

HER. Y el papel no existe ya. (Rompiéndolo.)

CARLOS. (Si, para papel el mio,
que no sé qué contestar.)

HER. Los umbrales de esta casa
nnnca á traspasar volvais,
y olvidaos de que existo.

CARLOS. Bien, coronel, descuidad.
(Llaman en la colateral izquierda segundo término.)

HER. ¿Eh?

CARLOS. Llaman.

HER. Si, en esa puerta.

CARLOS. (¿Á que esto concluye mal?)

FELIX. ¡Elena! (Dentro.)

CARLOS. (La voz de Felix.)

HER. ¡Cielo santo, el capitan!

FELIX. ¡Elena! (Id.)

HER. La luz se mata.
(Lo hace. Oscuridad.)
(¡Qué es esto, Dios de bondad!)

CARLOS. (Si yo el balcon encontrase
me podria descolgar
y dar aviso.)

HER. La puerta
parece que se abre.
CARLOS. (¡Ah!)
(Desaparece por el balcon.)

ESCENA XII.

HERRERA, FELIX.

FELIX. Han apagado la luz
ahora mismo: ¿qué pensar?
Si Elena al oirme... ¡cielos!
¡ese ruido! aqui alguien hay.
¿Quién sino ella? este es su cuarto.
HER. (La muerte buscando vá.)
FELIX. Elena, perdon os pido;
es una temeridad
que me adelante á la cita
sin aguardar la señal:
la impaciencia me mataba,
y resuelto á todo ya,
llamé, pero no me oyeron,
y en vano volví á llamar.
Entonces doblé la esquina:
por una casualidad
hallé el porton de la huerta
que estaba á medio cerrar;
entré y hasta aqui he llegado
sin ser visto: ¿mas callais?
No olvideis que os hablo, Elena,
por la última vez quizá.
HER. ¡Y no te engañas, infame!
FELIX. ¡Oh! ¿quién?
HER. Porque á morir vas.
FELIX. ¡Herrera!
HER. Yo estaba ciego,
y ahora toco la verdad.
FELIX. ¡Soltadme!
HER. No, y hablad bajo,
que nos pueden escuchar.
(Entra en la estancia la luz de la luna.)
Debiera daros la muerte

lo mismo que á un criminal,
pero soy mas generoso,
y os dejo que os defendais.

FELIX. (¿Qué he hecho yo?)

HER. La luna ahora
nos presta su claridad.
Ved que me tarda el mataros:
¡defendeos!

FELIX. No haré tal;
mi padre os debió la vida
y con vos no he de lidiar.

HER. Su nombre habeis deshonrado.

FELIX. Herid mi pecho, acabad.

HER. Sois un villano.

FELIX. ¡Oh!

HER. ¡Un cobarde!

FELIX. ¡Pues en lucha!

HER. Bien está.
(Desnudan las espadas.)

ESCENA XIII.

DICHOS y LUISA.

LUISA. (Saliendo por el fondo con una luz.)
¡Oh! ¿qué haceis? por Dios, ¡teneos!

HER. ¡Me engañaste!

LUISA. Perdonad.

HER. ¡Aparta!

LUISA. ¡Felix!

FELIX. ¡Dejadnos!

LUISA. (¡Ah! ¡qué idea!) Elena, sal.
(Llamando á la colateral derecha primer término. Empiezan á oirse á lo lejos tambores y clarines.)
(Y ved que ella nada sabe.)
¡Pronto!

HER. ¿Qué haces?

LUISA. ¡Dios dirá!

ESCENA XIV.

DICHOS y ELENA.

ELENA. Oí voces... ¡ah! ¿tú aqui?
(y Felix.)
LUISA. (Todo lo ignora.) (Á Herrera)
ELENA. Explícame.
FELIX. (¿Por qué ahora
tengo vergüenza de mí?)
ELENA. Mas esa espada en tu mano...
vas á exponer tu existencia.
LUISA. ¿Dudareis de su inocencia? (Á Herrera.)
ELENA. Ya negármelo es en vano.
LUISA. ¿Juzgas que á batirse van?
no es eso.
HER. (Cuál es su intencion)
LUISA. Otro es en este momento
su noble y ardiente afan.
¿No oyes el clarin que suena
y los ánimos inflama
y al campo á los bravos llama
donde vencer les ordena?
Por eso Felix y Herrera,
que á ese bélico sonido
ven su aliento enardecido,
y que el triunfo les espera,
poniendo á Dios por testigo
desnudaron sus aceros,
jurando ser los primeros
en marchar al enemigo.
¿No es verdad? (¡Oh! sed clemente,
ved que ella no es la culpada.)
HER. (Si; el rey me pide esta espada
y mi Elena está inocente.)
ELENA. (Comprendo su noble ardid.)
LUISA. Responded.
FELIX. (Soy un malvado.)
HER. Es verdad, y hemos jurado
volar al punto á la lid;
y si alguno de los dos

tiene mancha en su hidalguia,
que expie su villania
y que le perdone Dios.

FELIX. Oh, si. (Yo hallaré la muerte.)

LUISA. Capitan. (Despidiéndose de Felix.)

HER. Vamos de aqui.

ELENA. ¡Adios!

HER. No temas por mí,
me protegerá la suerte. (Se dispone á salir.)

ESCENA XV.

DICHOS y CÁRLOS.

CARLOS. (Entrando por el fondo con un pliego en la mano.)
¿Y el coronel?

HER. ¿Carvajal,
que me quereis?

CARLOS. Os buscaba,
este pliego que ahora acaba
de entregarme el general. (Se lo dá.)
Salgamos ya. (Á Felix.)

HER. Me confia
el mando de la ciudad.

LUISA. ¿Á vos?

ELENA. ¡Qué felicidad!

HER. Cárlos.

FELIX. Despunta ya el dia.
(Se oye á lo lejos la marcha del primer acto, que irá acercándose, hasta que al terminar el acto se suponga que pasa por debajo del balcon.)
¡Qué oigo! esa marcha; ¡oh, ventura!
son mis bravos de Alcalá.

HER. Quedaos aqui. (Á Cárlos.)

CARLOS. Bien está.

LUISA. Sabrá... (Á Elena.)

ELENA. Tu dicha es segura.

HER. Le guardo para tu amor. (Á Luisa.)

LUISA. ¡Gracias!

CARLOS. Ya oiste y lo siento...

FELIX. Me uniré á mi regimiento;
vuelo á mi puesto de honor.

CARLOS. Al punto pienso volver.
FELIX. Perdon pido al que ofendí,
y si él me perdona...
HER. Sí.
FELIX. ¡Pues á luchar!
CARLOS. ¡Y á vencer!
(Cárlos y Felix se van por el fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos FELIX y CÁRLOS.

Hasta la conclusion del acto aumenta el ruido de tambores, y se oyen vítores y aclamaciones.

LUISA. ¡Ay, si yo fuera hombre ahora
cuánto austriaco iba á matar!
ELENA. ¿Y aun dudarás? (Á Herrera.)
HER. ¿Yo dudar?
¡cual nunca el alma te adora!
LUISA. Bien haceis; no tiene igual,
y con placer os contemplo:
es preciso darme ejemplo
de ventura conyugal.
No hay enemigo temible
cuando el deber está en vela,
que es del honor centinela
y hace el asalto imposible.
Mi hogar tendrán defendido
contra asechanza alevosa
mis juramentos de esposa
y el amor de mi marido.
Solo si mi dicha pasa
y recelo de su fé,
con miedo entonces diré
que está *el enemigo en casa.*

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 20 *de Enero de* 1864.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Ramo de Ortigas..... Coleccion de poesias satíricas.
Está loca..... Juguete cómico, original en un acto y en verso.
Ladron y verdugo..... Comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
La doctora en travesuras. Comedia original en un acto y en verso.
La Frutera de Murillo... Comedia original en un acto y en verso.
El Mundo Nuevo [1]..... Inocentada cómico-lírica original en un acto y en prosa.
El Juicio Final [2]..... Zarzuela original en un acto y en prosa.
La caza del gallo..... Comedia original en tres actos y en verso.
La torre de Babel..... Comedia original en tres actos y en verso.
Para dos perdices, dos... Proverbio original en un acto y en verso.
El sueño del Pescador... Zarzuela en tres actos y en verso.
El Gorro Negro..... Zarzuela en un acto y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando Martinez Pedrosa, música de don Luis Cepeda.

2 Música de D. Miguel Albelda.

a y Maria.
id en 1818.
idá vista de pájaro.
sobre hojuelas.
ires de Polonia.

o y Blanco.
uno se entiende, ó un hom-
timido.
eza contra nobleza.
todo oro lo que reluce.

pia.

ato de enmienda.
rá rio revuelto.
lla y por él.
heridas las de honor, ó el
agravio del Cid.
puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
los veniales.
io y castigo, ó la conquis-
e Ronda.

convido al Coronel!..
mucho abarca.
suerte la mia!
n es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ica y Medoro.
de buena ley.
mas feo.

vina la Gitana.
o y Marte.
y Flora.

enando.
Mariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
r.

hiller.
trino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
nta y en Marruecos.
n en la ratonera.
mo mono.
os de carnaval.
irio (drama lírico.)
tillon de la Rioja (*Música*)
conde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el snegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, gundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.